

Q A neurastenia parece ser una fatiga física de origen nervioso y que comprende síntomas de los más variados registros. Según Laplanche y Pontalis («Diccionario de Psicoanálisis», Editorial Labor, S. A.), Freud fue uno de los primeros en señalar la excesiva extensión adquirida por este síndrome, que debería ser dividido en otras entidades clínicas. No obstante, se sigue considerando la neurastenia como una neurosis autónoma que se define por la impresión de fatiga física, cefaleas, dispepsia, constipación, parentesis espinales, el empobrecimiento de la actividad sexual. Freud, prosiguen los autores citados, la incluye en el grupo de neurosis actuales junto a la neurosis de angustia, y busca su etiología en su funcionamiento sexual, incapaz de resolver en forma adecuada la tensión libidinal.

No sé si será muy ortodoxo aplicar el término neurastenia a la enfermedad que padecen todos los implicados en la relación socio-deportiva del fútbol español. Pero algo hay de ello. La neurastenia del público parece producto de un **cogito interruptus**; unas veces producido por la derrota sobre la cancha-lecho y otras por el poco adorno, precipitación o angustia con que se consiguen las victorias sobre la cancha-lecho. Nuestro público anda frustrado en casi todas las dimensiones de la relación personal y social, y los domingos por la tarde se las promete felices ante la posibilidad de un orgasmo colectivo desinhibido, orgasmo que o no llega o llega con más pena que gloria.

Hay quien ha visto gitanos felices y ha hecho una película para divulgarlo. Yo suelo ver masas infelices saliendo de los estadios con la determinación de zambullirse en un lunes sin esperanza, sin otra función que ser puente hacia el próximo domingo. Pero tal vez nunca he visto masas tan desconcertadas e infelices como las que salieron hace dos domingos, o el sábado anterior, de los principales campos de fútbol de España tras la comprobación de que la vida no era como la esperaban, y quedaban apeados de la Copa nada menos que el Atlético de Madrid, el Barcelona, el Español, el Real Madrid y el Valencia.

El lenguaje de la almohadilla

En casi todos estos casos, el público adoptó el lenguaje de la

LA NEURASTENIA CRÓNICA DEL FÚTBOL ESPAÑOL

almohadilla. Una agresión colectiva que se dirige a un antagonista indeterminado: los jugadores del propio equipo, que no han sabido ganar; los contrarios, que no han querido perder; los que han preparado la cita amorosa (directivos y políticos del fútbol en general), la celestina (los entrenadores), los jueces del encuentro, o ellos mismos, por haberse predispuerto a una participación frustrante.

El público del Real Madrid, que vive en una organización socio-deportiva casi medieval, en la que el emperador recibe la autoridad directamente del Altísimo y se atribuye incluso prerrogativas de poder espiritual, está de uñas con el equipo, la Directiva, el presidente, los árbitros. Los «ye-yés» han envejecido.

El público del Valencia ha recorrido el túnel del bostezo a lo largo de una Liga salpicada de frustraciones; sobre todo, después de dos temporadas óptimas en las que Di Stéfano consiguió placeres insospechados.

Los seguidores del Atlético han compensado con la victoria en la Liga una temporada de mal juego, en la que fueron contestados desde los jugadores hasta el entrenador, Max Merkel. Con todo, la eliminación del «Atleti», a pies del Español, no ha sentado bien.

Los del Español perdonan la eliminación de su equipo porque consideran que ha dado más de lo previsto, como esas novias del-

gadas que en traje de baño tienen mucho más de lo esperado.

Y en cuanto a los del Barça, ahí sí que han estallado las tracas de San Juan con anticipación, en uno de los «affaires» más desmesurados de toda la historia del fútbol español. Los jugadores brindan con champán después de perder. El entrenador estrella contra las paredes de los hoteles las botellas de champán que los jugadores han pedido. El presidente habla de **seny** (mesura) cuando todo el mundo está en plena **rauxa** (arrebato). El público lapida mentalmente a la Directiva, al entrenador, a los jugadores. La Directiva quiere salvarse a costa de hundir a los jugadores. Los jugadores, a costa de hundir al entrenador. Entrenador y Directiva multan a los jugadores por beber champán en tiempos prohibidos. Los jugadores amenazan con recurrir a un abogado, que, según los rumores, podría ser Gil Robles (abogado de Matesa y del caso de la Canadiense, fallado por el Tribunal Internacional de La Haya).

En fin, para qué seguir.

Llegarán marinos de nombre extranjero

Cuando se ha perdido el entusiasmo del primer amor llega la crisis matrimonial, y el fantasma del adulterio ronda las conciencias más pertrechadas. Hasta

ahora, los clubs se habían dedicado a fichar amantes extranjeros bajo la coartada de documentaciones mejor o peor falsificadas. La Federación Española y la Delegación Nacional de Deportes han tolerado este tipo de adulterio mientras preparaban un «aggiornamento» jurídico. Por fin, acaban de autorizar la importación de jugadores extranjeros, que es algo así como legalizar el aborto, el divorcio y las asociaciones políticas, pero dentro de las coordenadas deportivas.

Mientras los públicos arrojan almohadillas sobre las canchas-lecho, los directivos tiran el anzuelo en las aguas europeas en busca de jóvenes marinos capaces de avivar los mortecinos rescoldos de la pasión. Cada época tiene su «sex-symbol», y los directivos buscan jugadores que se parezcan a Netzer o a Cruyff. El primero es el «sex-symbol» de la virilidad percherona, y el segundo es el «sex-symbol» de la virilidad saltarina y escurridiza, pero al mismo tiempo, restallante, implacable. Los públicos esperan las emociones fuertes tras la estela de los nuevos mitos.

Se necesitan Netzers, Cruyffs, Mullers, y aunque los jugadores españoles ya habían tratado de copiar el modelo dejándose crecer el pelo, poniéndose botas con tacón y camisetas con hombros, no han conseguido dar el pego. En este aspecto, el señor Michels, entrenador del Barcelona, trató de hacer el milagro, y quiso disfrazar a Rexach de Cruyff, a Pérez de Reep, a Marcial de Keizer, a Barrios de Muller, a Asensi de Netzer, sin resultados ni siquiera aproximados; en cambio, con la contrapartida de que Rexach, Marcial o Asensi tienen ahora serios problemas metafísicos y vagan por las estepas del país preguntándose: ¿Quién soy yo?

El desarme arancelario provocará serios trastornos en la agricultura y en la pequeña y media industria. De momento, en el mercado futbolístico ya han provocado un hundimiento del precio de las mercancías nativas. Por ejemplo, se dice que Clarés valía quince millones antes de la autorización a la importación, y que ahora su precio ha bajado a los ocho o siete millones. El ábaratamiento de la mercancía nativa permitirá acumular capital para invertirlo en la importación de productos manufacturados del extranjero. Cruyff vale sesenta

millones, dicen, y Netzer, cerca de los cuarenta.

El juego de la verdad

Si el fútbol se convirtiera en el juego de la verdad y cada cual confesara sinceramente sus intenciones y sus logros, nos encontraríamos con un interesante psicodrama. Empecemos por los directivos y funcionarios del fútbol. Se meten en este juego como los niños juegan a papás y mamás en las puertas de la pubertad. El pequeño mando, la pequeña representatividad que da el ser directivo de fútbol, es o una compensación aproximada al mando político, o una escalera hacia representatividad social que repercute en los negocios.

Continuemos con los entrenadores. Se trata del «bluff» más cómico que se ha montado desde que Hollywood cogió por su cuenta a los hechiceros de las tribus indias. En los entrenadores se aprecia el que sean buenos preparadores físicos y buenos preparadores psicológicos. Pero, en primer lugar, pocas veces se juntan a la perfección ambas funciones, y la casta de los entrenadores se divide entre profesores de gimnasia y hechiceros de la tribu. Una elemental carencia de cultura antropológica les lleva a equivocarse los modos bruñeriles, y así vemos a entrenadores germánicos tratando de curarlo todo con el látigo y el «uno dos», «uno dos» como salmodia telúrica. E igualmente encontramos a otro tipo de entrenador que manda coser medallitas de la Virgen Milagrosa en las camisetas de los jugadores o practica el «vudú» con muñequitos vestidos como el equipo contrario.

Sigamos con los especialistas deportivos, heroicos profesionales del cotidiano no saber qué decir, y que con la mejor intención no se cansan de preguntar a los jugadores si ésta es su mejor temporada, de recordar a los entrenadores que con el tres-cuatro-cuatro no se consigue lo que con el cinco-tres-tres, y ya ni pensar alcanzar lo que está a mano con el dos-ocho-uno. Con un espíritu de consejero sentimental, jamás se cansarán de recomendar al público paciencia, a los jugadores que suden la camiseta y a los entrenadores humildad ante la prensa. En cambio, suelen ser

muy comprensivos con las Directivas.

El público es una masa alienada que convierte la representación deportiva en una ceremonia de la victoria o la derrota en la

aparece. Y al no ser soberanos ni de su vida, ni de la Historia que comparten con los demás, ejercen la arbitrariedad del mando despótico en la gran reserva india de todos los domingos.



En cuanto a los jugadores, viven una aventura desmesurada en la que ejercen como sacerdotes de un culto multitudinario que les excede... En la foto, dos jugadas del último encuentro Barcelona-Sevilla.



que apuesta el sentido mismo de su vida. En la madurez de ese sujeto colectivo repercute la inmadurez de cada uno de sus individuos, unida a la falsa conciencia de esa majadería sublime de que el público es soberano. ¿Dónde es soberano el público? Será en los campos de fútbol, porque fuera de las cuatro paredes del estadio, la soberanía des-

En cuanto a los jugadores, viven una aventura desmesurada en la que ejercen como sacerdotes de un culto multitudinario que les excede, contemplados en exceso por la opinión pública, excesivamente situados en el escarpate de la historia de todas las mañanas, excesivamente aupados socialmente sobre el anonimato de los demás, caballos de una ca-

rrera en la que hay demasiadas apuestas, demasiados intereses creados y falsificados.

Perder el oremus

La crisis actual del Barça es la culminación de un proceso irracional, pero no sólo de la vida del club a lo largo de muchos años, sino también del contexto general de la vida española y del fútbol en particular. Se habla ya de una batalla electoral para suceder a Montal y de que esta batalla electoral va a ser protagonizada en las sombras por dos importantes sociedades bancarias, que, al parecer, ya se han enfrentado en la disputa de la herencia de la Alcaldía de Barcelona. Interesante asunto ha de ser el fútbol para que hasta los Bancos pierdan el oremus.

En cuanto a Michels, de continuar la escalada de draconismo, es posible que se vea obligado a reclamar la presencia de la Fuerza Pública en los entrenamientos, para que los jugadores dejen de cantar el cha-cha-chá «El bodeguero», en el que se han limitado a cambiar la palabra bodeguero por camarero, en recuerdo de la habilidad del entrenador para estrellar bandejas contra la pared.

Si se confirma la medida de los jugadores de recurrir a Gil Robles como abogado defensor, la Directiva podrá encargar su causa al abogado de Jack Ruby o al mismísimo Perry Mason.

Y el público podrá empezar a hacer cola ante las puertas de los consultorios psiquiátricos más acreditados.

Esta escalada de desmesura no afecta sólo al club azulgrana, aunque últimamente haya protagonizado los «show» más delirantes. Ahí está don Santiago Bernabéu para genio y figura a la desmesura deportiva que compartimos. El trujillismo de don Santiago merece una estatua ecuestre.

El problema, y grave, es encontrar la fórmula para que las aguas vuelvan a un cauce del que carecen; los campos de fútbol sean simplemente eso, las camas sean escenario de glorias tranquilas e íntimas, la pasión civil recupere, en cambio, las plazas, las ágoras y los caminos reales de la soberanía popular.

No esas migajas libidinosas de todos los domingos, con o sin amantes de nombre extranjero, altos y rubios como la cerveza...

... el pecho tatuado con un corazón... ■ L. D.